

BATALLA DE "SAN JUANITO"

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL AUTOR
AL CELEBRARSE EL 149 ANIVERSARIO DE
LA BATALLA.



Coronel ALVARO CAMPO BEJARANO

A 149 años de distancia estamos rescatando de casi secular olvido, un instante guerrero cuya trascendencia en la culminación del movimiento emancipador no tuvo en épocas anteriores la exacta apreciación de su importancia, ni tampoco la cabida que le suele brindar la historia a un hecho que como la batalla de San Juanito fue también epílogo vibrante de las acciones de armas que jalonaron la Independencia de Colombia.

Por eso tras el laudable empeño de la Academia Colombiana de Historia y del Centro de Historia de Buga, hoy llegamos a este campo que desde aquel 29 de Septiembre de 1819 se convir-

tió en sagrado, porque al igual que Palacé, Juanambú, Gámeza, Vargas y Boyacá, también forma parte con títulos excelsos de la carta geográfica que levantaron nuestros héroes cuando demarcaron el territorio épico. De ahí que en este ámbito las dianas sean ya antiguas y la luz se reencuentre con banderas y estandartes que vuelven a agitarse con los mismos impulsos de las auras triunfales.

El paso del tiempo y el tono cambiante de las épocas de acuerdo al enfoque que orienta el desenvolvimiento de las generaciones, no alcanza a deformar la visión nítida y serena de los hechos que, por su naturaleza y su sentido pertenecen al acervo exclusivo de la Patria. Por eso estos momentos son trasunto de las horas que vieron nacer a la República, que conformaron su unidad espiritual y le brindaron al pueblo colombiano el patrimonio imperecedero que lo une con la gloria de sus antepasados, que es la misma que aquí converge tras la sombra augusta de quienes en nombre de la libertad que apenas se insinuaba, rubricaron en el antiguo Cauca el proceso de nuestra guerra magna dentro del mismo marco que ahora nos alberga.

Buga, tranquila, sosegada y ya casi dos veces y medio centenaria, ofrendó a la causa de la liberación, no solo la existencia de sus mejores hijos, sino que vió llegar hasta el santuario de sus virtudes patriarcales, en el lindero mismo de la noble villa, a las milicias nativas que alteraron de pronto la calma colonial.

Así complementaba la ciudad el aporte generoso que en todas las épocas ha brindado a la República, enalteciendo las lides del talento y la cultura, y participando activamente en hechos como este, que fueron esenciales para la culminación de la aventura heroica.

A la hora de la insurrección, cuando por todos los rincones del extenso virreinato se propaló el grito de insurgencia y se extendió la emoción de la contienda, el Cauca Grande fue semillero de guerreros y de mártires y escenario de las primeras campañas militares. En el Bajo Palacé, en la Cuchilla del Tambo, en Calibío, y en tantos otros sitios, respondieron a lista los primeros contingentes con que las ciudades del Valle personificaron su altivez y el fervor republicano con que la generación libertadora patentizó el mensaje de su propia grandeza.

Tras la convocatoria inexorable que les hizo la Patria, a ella respondieron los jurisconsultos, los religiosos, los estudiantes que dejaron la laxitud del claustro y los militares de raigambre criolla que aunaron convicciones para irse en pos del sacrificio, con altiva serenidad al holocausto.

En la época de la reconquista y el terror, cuando se alzaron los cadalsos para inmolar existencias gallardas y preclaras que fueron blasón y símbolo de la estirpe, también fue grande y magnánimo el tributo que se pagó a esas horas sombrías, tras las cuales se reinició el itinerario definitivo de la gesta, surgiendo nuevos

nombres, fechas y lugares que llenan por sí solos, capítulos enteros de la Historia Nacional.

Así se llega al momento que corresponde a la maniobra estratégica de 1819, cuando el genio del Libertador lo lleva a abandonar el teatro de operaciones circunscrito a nuestras praderas orientales para escalar los Andes y llegar hasta el centro de la Nueva Granada, objetivo fundamental de la campaña y punto decisivo en el logro de la emancipación. En la conquista de la mole andina se viven y suceden pasajes que se tornan sobrehumanos y que sobrecogen de emoción porque en ellos trascendía el aliento y el impulso vital de nuestra raza.

Al producirse los momentos culminantes de Vargas y Boyacá, los hechos se producen en tal forma que algunas de las fuerzas que guarnecían a Santa Fé se encauzan bajo el mando del Coronel **Sebastián Calzada**, hacia la cita que habría de cumplirse en el llano de San Juanito que esperaba la aproximación de la historia, para que las armas colombianas asociaran el nombre de Buga con los momentos bélicos que plasmaron el ciclo victorioso de la revolución.

Cuando el General **Joaquín Ricaurte** ingresó a la galería de los prohombres colombianos lo hizo después de haber llenado el summum de requisitos que la causa le imponía a los más fieles servidores. Desde cuando dejó estampado su nombre en el Acta de Independencia, el 20 de Julio de 1810, quedó revestido de la personería que

le otorgara la Patria como delegado de la voluntad popular. En la campaña admirable de 1813 que presenció el avance de la juventud neogranadina por los caminos de Venezuela, bajo la inspirada conducción del Libertador, el General **Ricaurte** tuvo su sitio en la defensa de Valencia; después en Casanare, en Barinas y en Arauca, su División de llaneros puso en fuga a las huestes de Calzada y constituyó el núcleo de lo que, luego, sería el famoso Ejército de Apure cuyos bravos con Páez a la cabeza, revaluaron el mito del centauro con el piafar de sus corceles y con la fuerza arrolladora de sus lanzas.

Solo en el momento crucial de la reconquista, cuando **Morillo** y **Sámano** asolaron el panorama de la patria con la acción artera que segó tantas vidas, la figura del General **Ricaurte** tuvo un momentáneo eclipse que corresponde al peregrinaje que habría de conducirlo a la hora en la que el destino lo pusiera nuevamente frente a tropas que actuaban bajo el mando supremo de **Calzada**.

Los prolegómenos que conducen al encuentro emanan todos de la guerra a muerte que desde Popayán le declaran las autoridades realistas a las "partidas republicanas" que en el Valle enfrentaban a los últimos reductos del dominio peninsular. Al reto realista respondieron los patriotas con una conjunción de fuerzas donde se sumaron repentinos infantes e improvisada caballería que confluían a órdenes de **Ricaurte** desde el norte, con los voluntarios del inglés **Runel** que

iba engrosando sus filas durante la marcha desde Cali.

Era como si el valle todo convergiera al escenario que Buga ha reservado a los grandes dictados de la historia. El Teniente Coronel **Miguel Rodríguez**, de los Húsares del Príncipe, ya ocupaba la plaza cuando las fuerzas de **Ricaurte** encendieron las lumbres que se avizoraban desde la ciudad junto con los toldos que albergaban y unían a los soldados en el palenque festivo de los campamentos.

La batalla que se iniciara cerca del medio día, fue simple en su concepción táctica, encarnizada y cruenta en el desarrollo que culminó con la victoria sobre "tropas de línea" de soldados que solo tenían por distintivo la calidad superior del patriotismo, pero no le ofrecían al mando la garantía de cohesión orgánica, armamento adecuado ni ningún grado de instrucción, lo que en aquel momento no les hizo falta, porque en el coraje de la Caballería el General **Ricaurte** debió creer que estaba reviviendo el espíritu indomable de las cargas famosas en las llanuras de Chire, cuando cruzó con gloria y con fortuna por las sabanas de Casanare.

A la Infantería que en gran parte definió la lucha le marcaba el paso la misma cadencia vencedora de los cien momentos triunfales que tuvieron su apoteosis final en Ayacucho.

La casa de San Juanito, el trapiche y los ranchos que prolongaban hacia el oeste las edificaciones de la hacienda, constituyeron el esquema de la po-

sición realista. Más allá los pantanos y el río Cauca constituían la línea de obstáculos que cerraba el perímetro del campo de batalla.

Frente a la Infantería realista que ocupaba las edificaciones teniendo la Caballería en el ala izquierda, el dispositivo patriota presentaba la infantería al centro, la Caballería distribuida en los extremos, y en la reserva parte de Lanceros a pie y a caballo.

Cuenta la crónica de los hechos, que la Caballería patriota lanzó varias cargas sobre su homónima enemiga sin que pudiera destruirla porque esta se replegaba hacia las edificaciones que estaban bajo la protección de los fuegos de la Infantería. A su turno la Infantería avanzó sobre la casa siendo rechazada dos veces.

El propio parte rendido por el General **Ricaurte** después de la batalla dice que "como el atrincheramiento del enemigo y los profundos fangales inmediatos impedían la acción de la Caballería, se dispuso que esta formara un círculo a una cuadra de distancia y que la Infantería sostuviese el fuego por los puntos en que lo permitía la cerca que rodeaba la casa.

La decisión se tornó por fin favorable a las armas patriotas cuando, en ataque simultáneo de todas las fracciones, estas llegaron hasta los últimos baluartes de la defensa prendiendo fuego a los galpones de donde salieron los soldados del rey a librar la última etapa de la lucha.

Como en tantas otras horas cenitales del valor colombiano, el coraje de

unos pocos fue suficiente en este llano para que la contienda quedara resuelta. Por eso también la historia habla de quienes avanzaron en carga incontenible a definir en las propias líneas enemigas, la suerte de las armas. Así entraron a la posteridad el lancero **Joaquín Bermúdez** y la célebre mujer que la tradición identifica como la vieja **Ruiz**. A ambos se les cita diciendo que llegaron bajo el fuego mortífero hasta la edificación que protegía al enemigo para dejar los aleros convertidos en llamas y después replegarse entre el humo del combate. **María Antonia Ruiz** no solo fue para el General **Ricaurte** la mensajera de la buena nueva del triunfo en Boyacá y numen tutelar de la campaña, sino que en San Juanito fue rauda amazona que enfrentó con bizarría los requerimientos de la predestinación guerrera.

A priori, y sin ahondar en el análisis no podría llegar a pensarse que por el número de bajas y por determinados aspectos derivados de su magnitud material, a la acción de San Juanito solo le correspondería el simple carácter de combate que caracteriza a los hechos de armas que únicamente producen resultados tácticos dentro del panorama general de la contienda. Pero en este último aspecto y dada la trascendencia que tuvo en el desmoronamiento de las fuerzas realistas que abandonaron a Popayán después de la derrota, bien se comprende el carácter de batalla con que en forma legítima se le designa y bajo el cual estamos consagrando su

valiosa incidencia en nuestros fastos militares.

A la hora de proclamar la victoria, de hecho era más grande y prodigioso que esta llegara a través de armas escasas y de lanzas cuyas puntas aflo-raron en los propios guaduales comarcanos.

Después de San Juanito, el Ejército Libertador habría de extenderse por los caminos de América para darle una nueva dimensión a su grandeza. Así llegó a Pichincha, Junín y Ayacucho que fueron instantes solemnes de la libertad continental, compartiendo con Ejércitos hermanos el sol de las victorias que desde aquellos días no se ha vuelto a ocultar.

A las puertas ya del sesquicentenario de la batalla, que habrá de cumplirse el año próximo, la Alcaldía de Buga, el Centro de Historia, su Honorable Concejo Municipal y todas sus gentes han querido rodear esta fecha del esplendor y magnitud que ella reclama y a lo cual ha respondido en forma nobilísima la Academia Colombiana de Historia que deja en la placa que se acaba de descubrir, el homenaje de la más alta Corporación que en nuestra Patria, enjuicia, exalta y acredita a los hombres y a los hechos que los hicieron grandes.

Las palabras de su ilustre vocero, son fehaciente testimonio de quienes enaltecen con su investigación y con su juicio el tema fecundo que les brinda Colombia. Por su parte, las Fuerzas Armadas están aquí presentes con las notas vibrantes de los himnos, con el fulgor de las armas

que han vuelto a disiparse en honor de quienes aquí fueron primeros en portarlas, mientras que nuestros aviones han cruzado el espacio para expandir el homenaje que encuentra su más limpia expresión en las alturas.

La honrosa circunstancia de ser hijo de Buga y soldado de Colombia ha sido la única determinante para que los hidalgos amigos que integran el Centro de Historia de la Ciudad y sus autoridades, hayan acordado mi nombre para hacerme, con honor inmediato, intérprete del sentimiento con que responden a los gestos de solidaridad que han recibido en el empeño, que hoy coronan, de relieves esta fecha.

Tarea superior a mis alcances pero de suyo fascinante la que me ha permitido aventurarme por los senderos donde se estructuró el pasado, evocando la historia en su acepción más pura, en su retrospecto más hondo,

en aquel que nos hace pensar en las cosas de la patria y comprender su sentido aleccionante y normativo. Es como si se observara a través de un calidoscopio que ofrece permanente vigencia y como si se sintiera el estremecimiento de las generaciones que afluyen a las corrientes de la historia y que discurren por ellas, ennoblecidas y serenas, aquilatadas por los títulos de dignidad republicana que nos legaron los creadores de la nacionalidad.

Por eso en esta ocasión, como en todas las efemérides de Colombia, llegamos reverentes ante lugares como este donde perdura el recuerdo y la grandeza de quienes con su espada y con su genio delinearon el contorno físico y sentimental de la patria.

¡Que el cortejo de siglos que rodeará sus nombres, haga guardia a la imagen de la Colombia inmortal!

